

JOHN STUART MILL: EL LIBERALISMO COMO IDEOLOGIA

El liberalismo fue una convicción tan extendida desde el principio del siglo XIX, que sólo contados pensadores como Constant, Humboldt, Tocqueville o Stuart Mill consideraron la posibilidad de elaborar una teoría política correspondiente. En el caso de los dos últimos, principalmente porque veían los pe'igros que amenazaban a la libertad. De aquellas creencias liberales proceden, sin embargo, las ideas más opuestas sobre la organización de la sociedad. Liberalismo y socialismo, que no tardaron en enfrentarse, tenían ambos como fin la libertad. «La inmensa mayoría de los socialistas —afirma con razón von Mises— creían que al luchar por el socialismo luchaban también por la libertad» (1). La controversia sobre la forma de organización de la vida social escindió al liberalismo en doctrinas concretas que pretendían validez universal. El mismo no tardó en convertirse en la ideología de grupos o clases concretos, y la propaganda antiliberal en nombre de la libertad adquirió dimensiones insospechadas.

Burke, Metternich, el propio Tocqueville y, desde otra perspectiva, tradicionalistas como Haller, Bonald y De Maistre, enjuiciaron la situación de manera realista y previeron —unos, lamentándolo, otros, sin disimular su gozo— el éxito que podría llegar a tener aquella propaganda. John Stuart Mill pudo lamentarse, con razón, en 1861, de que uno de los prejuicios característicos de la reacción del siglo XIX contra el XVIII era reconocer a los elementos irracionales de la naturaleza humana la infalibilidad que el siglo de las luces había asignado a los elementos racionales. «Hemos sustituido la apoteosis de la razón por la del instinto», escribía (2).

* * *

Sin embargo, es característico que el propio Stuart Mill iniciase la crítica del liberalismo, sosteniendo argumentos de cierta consistencia a favor del

(1) *La mentalidad anticapitalista*. III, 4, pág. 148. Valencia, Villalonga, 1957.

(2) *The Subjection of Women*, cap. I, pág. 430. Londres, Oxford University Press, 1933.

«liberalismo social» o del «socialismo liberal». Contribuyó como pocos, con su merecido prestigio y sus sinceras protestas de liberalismo, a convertirlo en una ideología, en el sentido en que una doctrina política, válida sólo para el gobierno de una minoría, pretende justificarse científicamente a sí misma. En mucha mayor medida que Comte, quizá porque lo hacía menos abiertamente, difundió la idea de un liberalismo educador y cientifista. Estaba tan convencido de que la evolución hacia la democracia era algo, afortunadamente, tan inevitable, que no previó que su preocupada afirmación de que «la enseñanza universal debe proceder a la liberación universal» (3) podía volverse contra el liberalismo.

Este, en el pensador inglés, ya se presentaba muy atenuado, tanto por su concepción de la libertad como libertad social casi exclusivamente como por su predominante inclinación democrática. Mientras el liberalismo genuino, cree que de la libertad real surge la igualdad formal, el demócrata sostiene que de la igualación de hecho saldrá la libertad. En Mill, sin embargo, el igualitarismo no llega a ser violento ni radical en el sentido continental de esta palabra, pues los radicales ingleses --de los cuales fue jefe indiscutido-- sólo se mostraron como tales de forma muy relativa. Otro aspecto importante de la exposición por Mill del liberalismo fue su abandono del *laissez-faire* y su aceptación de muchos argumentos sentimentales y humanitarios contra el sistema de economía liberal. Intelectualmente, la influencia de los sansimonianos, y sobre todo de Comte, llegó a ser, en ocasiones, cegadora, y sólo otras tan considerables e importantes, como la de su amigo Tocqueville, pudieron contrarrestarla en parte.

Aquéllos eran enemigos acérrimos del moderno sistema de libre empresa, en el que veían la causa de la anarquía contemporánea. Para ellos lo positivo era la ciencia, el conocimiento, la reconstrucción ordenada de la sociedad y propugnaban una suerte de «ingeniería social». Partiendo de esas ideas fue como Mill llegó a formular una concepción ideológica del liberalismo. Daba por supuesto que la clave de todos los problemas estaba en la educación general. En este orden de cosas tampoco era difícil suponer que cuestiones de principio para los liberales clásicos podían ser entonces abandonadas, o por lo menos modificadas sin peligro.

I

Comte, Saint-Simon y sus discípulos procedían de los ideólogos, de aquellos *philosophes* a quienes llamó así despreciativamente Napoleón, y cuya meta era la reforma de la Humanidad. Para éstos la palabra «ideolo-

(3) *Representative Government*, cap. VIII, pág. 278. Londres, Oxford University Press, 1933.

gía» tenía una connotación positiva: siendo la Naturaleza «un Cosmos bien ordenado, en que todo el devenir procede conforme a leyes cognoscibles», se atribuían a sí mismos la misión de mostrar cuáles eran éstas, llamando ideología a la ciencia que se ocupaba de ello. Uno de los más importantes, Destutt de Tracy, escribió unos difundidos *Eléments d'Idéologie* con fines pedagógicos, en los que prometía un verdadero conocimiento de la naturaleza humana. Aunque Mill conocía estas ideas también a través de Bentham y de su padre, los escritos de los ideólogos le fueron familiares, hasta el punto de que Picavet no dudó en incluirle entre ellos. El libro VI del *Sistema de Lógica*, en el que esboza una ciencia de la naturaleza humana en la forma de «etología» o «caracteriología», responde a estas ideas. De acuerdo con las enseñanzas de Comte, pensaba que se había alcanzado el estadio positivo, en el cual, gracias a los progresos de las Ciencias Naturales, ya eran relativamente bien conocidas las leyes de la naturaleza humana. Como los ideólogos, que se convirtieron en políticos porque tenían que reclamar determinadas condiciones favorables a sus reformas pedagógicas, el pensador inglés se ocupó de los asuntos políticos con conciencia de una misión parecida. Su famoso ensayo *Sobre la libertad* responde, en el fondo, a la idea de que la libertad era una condición para el pleno desarrollo de la naturaleza humana, y por tanto, el fin de sus esfuerzos políticos, económicos y pedagógicos. Sólo en la libertad se forma y puede vivir el hombre de acuerdo con su naturaleza y sólo dentro de un librecambio de los bienes producidos por él logra un máximo de bienestar natural (4).

De la ideología, entendida prácticamente como pedagogía, de estos *philosophes* proceden la mayoría de los socialistas del siglo XIX, y Stuart Mill, como Marx, no escapó a su influencia. En el concepto de «ideología» de éste subyace también la idea de su carácter pedagógico. Esta ciencia de la

(4) Vid. H. BARTH: *Verdad e ideología*, Esp. I, págs. 18 y sigs. México, Fondo Cultura Económica, 1951. C. BAY afirma, con razón, que lo que MILL acentuó fue la utilidad de la libertad. *La estructura de la libertad*, cap. II, pág. 64, Madrid, Tecnos, 1961. Y ANKEN sostiene que lo que aparece en *On Liberty* con más insistencia es una idea de la libertad como equivalente «en su mayor parte» a felicidad. «The Justification of Social Freedom», en *Liberty*, Nomos IV, Ed. por C. J. FRIEDRICH, 24, I, págs. 123-4, Nueva York, 1962. HAYEK, en la introducción a la edición por MINEKA de las cartas de MILL, expresa su opinión de que pocos han hecho más que éste para crear el clima intelectual que le siguió. En una sociedad como la inglesa, en plena evolución económica y demográfica y relativamente abierta a formas democráticas, se sentía inclinado a confundir liberalismo y progreso. Coincide con la opinión de K. BRITTON de que «la Lógica continúa siendo una de las mejores expresiones de lo que en el continente se llamaría liberalismo, entendiéndolo por liberal a alguien que —en palabras de MILL— marcha al lado de la corriente en filosofía, moralidad y arte, así como en política y sociabilidad (*socialities*)». *John Stuart Mill*, cap. IV, 1, pág. 113, Londres, Pelican, 1953.

educación o pedagogía ha sustituido al libre juego de los intereses —en que la política consiste— que pedían muchos escritores ilustrados y también los liberales. Intentaban hacer compatibles los inevitables intereses utilitarios del hombre y sus aspiraciones más profundas, según la idea de que cada uno es dueño de su propio destino, que es siempre personal.

La crítica al llamado sistema capitalista es típica. El «capitalismo» no existe, y en realidad el concepto fue elaborado por sus adversarios. Los ideólogos por razones didácticas, cuando se enfrentan con los hechos sociales, tienen que dividir la sociedad en dos clases antagónicas. Es decir, con intereses comunes pero en conflicto, explotadores y explotados y, en el caso de la sociedad moderna, capitalistas y trabajadores industriales, como temía Mill. Tal explicación del capitalismo en términos de ideología corresponde a la versión moderna del «eterno sansimonismo», como lo ha llamado Röpke: «Al estado de espíritu mecánico-cuantitativo mezclado con la *hybris* científica y la mentalidad de ingenieros, estado de espíritu de quienes unen el culto de lo colosal a su necesidad de hacerse valer, que construyen y organizan la economía, el Estado y la sociedad, según leyes pretendidamente científicas, con el compás y la regla, y que, de paso, se reservan los mejores puestos» (5). Se trata a la vez de una ilusión, como en el caso de Mill, espíritu crítico y honrado, íntimamente ligada con la idea del progreso. La ilusión de que el género humano se vale, para alcanzar niveles cada vez más altos de perfección, de la «metodología científica», de la «investigación científica imparcial» o de la «objetividad científica», eludiendo el hecho verdadero de que el hombre es un ser cuyos procesos vitales y racionales obedecen a una unidad orgánica sin que exista ningún método científico mediante el cual pueda evadirse de las esperanzas y de los temores, de las ambiciones o de las angustias de su propia existencia individual o de las inherentes a su nación, a su civilización o a su grupo racial.

Saint-Simon, tal vez por la extrema pobreza en que vivía, introdujo la teoría social en la ética cristiana, llegando a la conclusión de que toda la sociedad debe consagrar devotamente su existencia a las clases más pobres, ideal en sí mismo generoso, pero inadecuado, porque introduce simultáneamente la idea de que los mejor dotados tienen el derecho —precisamente porque tienen semejante obligación— de practicar la caridad en un sentido que tiende a ser excluyente para los demás. El paternalismo «tecnocrático»

(5) *Civitas humana*, cap. II, pág. 121, París, Médicis, 1946. Ya HUME al criticar el mercantilismo, había criticado anticipadamente el sansimonismo: «La mejor política es la de acomodarse a la condición general de los hombres y obtener el mayor partido posible...» «Discurso sobre el comercio», en *Ensayos políticos*, pág. 48, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1955.

tiene aquí su justificación «moral», aunque no es otra cosa que una exageración del ideal felicitarario de la Ilustración, según el cual, mediante el conocimiento científico aplicado a la sociedad, podrían eliminarse las causas de los conflictos sociales. Es, a la vez, una continuación de las prácticas del despotismo ilustrado y una utopía. R. Dahrendorf ha definido con razón la sociedad utópica como aquella en la cual no existe conflicto. «Las sociedades utópicas —escribe— presentan las características de aislamiento en el espacio y en el tiempo, de consenso universal, de falta de todos los conflictos a excepción de las desviaciones individuales y de la falta de procesos no funcionales...» Tales son las condiciones de una sociedad inmóvil y ahistórica. La tecnocracia es el ensayo de conseguir un modelo de sociedad progresiva sin conflicto; ideal que es irrealizable, como enseña la experiencia, o, en la medida en que aparentemente existe, denota una cualidad patológica (6).

El liberalismo fue una revolución justamente porque puso en cuestión la concepción estática del orden social, legitimando el conflicto. La admisión de la idea del cambio social como punto central de una doctrina política fue el acontecimiento más auténticamente revolucionario y no es extraño que produjera una profunda confusión en los espíritus. Tocqueville describió bien la novedad que aquella idea significaba cuando, en la introducción a *La democracia en Norteamérica*, lamentó cómo «los hombres religiosos combaten la libertad y los amigos de la libertad atacan las religiones; espíritus nobles y generosos alaban la esclavitud y almas bajas y serviles preconizan la independencia; ciudadanos honestos e ilustrados son enemigos de todo progreso, mientras que los hombres sin patriotismo y sin costumbres se convierten en apóstoles de la civilización y de las luces».

II

El liberalismo implica la democracia, pues al sostener como principio que todo hombre es libre por naturaleza, lógicamente todos los hombres son iguales. Sin embargo, al caer el liberalismo histórico en manos de los

(6) «Más allá de la utopía», en *Sociedad y libertad*, 4, II, págs. 97 y sigs., Madrid, Tecnos, 1966. Hacia mediados de siglo BASTIAT se lamentaba de lo extendidas que estaban en Francia las ideas científicas: «Con abrir a la casualidad un libro de filosofía, de política o de historia, casi siempre se ve cuán profundamente arraigada está en nuestro país la idea, hija de los estudios clásicos y madre del socialismo, de que la Humanidad es una materia inerte que recibe del poder la vida, la organización, la moralidad y la riqueza; o —lo que es peor— que la Humanidad tiende por sí misma a su degradación, en cuya funesta pendiente sólo la detiene la mano del legislador.» «La ley», en *Cuestiones económicas*, pág. 202, Madrid, 1860.

ideólogos, éstos pretendieron organizar la sociedad de acuerdo con sus deseos, por lo que aquélla tendió a quedarse en un plano formal. Es característico lo ocurrido con el sufragio universal, institución esencial de la democracia que deriva del liberalismo, que considera siempre al Gobierno bajo control y que no puede extender sus poderes; pero al trasladarse el problema político del campo de los intereses al de la ideología la cual sólo es plenamente comprendida por la inteligencia, se ha corrompido el sufragio universal y la representación política, que es su consecuencia. Tiene razón Bertrand de Jouvenel al criticar como «el más grave defecto de la representación política moderna» haber convertido la esfera de lo político en el campo de la lucha de las ideologías, de las filosofías políticas.

La filosofía política tiene una función normativa y crítica, pero los ideólogos pretenden convertirla en un saber positivo, conforme al cual debe organizarse la sociedad. Desconocen así la naturaleza de la política, que está determinada por los *intereses* en juego y no por las concepciones políticas, entre las cuales no es posible el compromiso. Al rechazar las creencias religiosas, muchos de los *philosophes* de la Ilustración se atuvieron a la idea de la autonomía de lo natural y pretendieron desarrollar la concepción de una conducta humana autónoma, independiente tanto de la tradición como de la creencia religiosa que la informaba —aunque, en parte, su actitud estaba movida por ésta—, y completar los trabajos de los humanistas. De ello resultó que los valores, que para el humanismo cristiano son relativos, se convirtieron en absolutos, y la misma crítica humanista de la vida —Cervantes, Montaigne, Shakespeare, Quevedo, La Bruyère— fue reemplazada por una crítica racionalista de las instituciones y de las creencias. Desde entonces la ideología como crítica racional absoluta de los valores, y a la vez como imposición de otros más genéricos, nutre la política, que es la que se encarga de sustituir a la religión y a la moral.

El político, como orden puramente secular, es asunto de hombres, el campo dentro del cual éstos, más o menos deportivamente, ajustan sus intereses. De ahí que la representación política, basada en los intereses de los individuos, sea la única posibilidad de que la libertad política no se convierta en un mito, como sucede cuando lo que se representa es una ideología que por sí misma es arbitraria, absolutista, antiliberal, aunque democrática, porque se basa en la comunidad de creencias aceptada o impuesta, si bien la democracia no debiera ser otra cosa que la posibilidad de todos de hacer valer los intereses particulares, y la política, la manera de facilitar el juego, la igualdad de oportunidades de todos los que quieren defender los suyos. De acuerdo con la ideología, el individuo se disuelve en la función, pues si la personalidad, los intereses de cada uno, pudieran dejarse sentir se quebrantaría la objetividad que aquélla quiere representar.

La democracia consiste para el liberalismo, más que en una forma política, más que en un fin, en un proceso continuo de educación, de formación de la opinión; pero la ideología pretende educar con carácter definitivo a la masa. No enseña a poner en juego los intereses de cada uno, sino que de hecho los elimina, sustituyéndolos por las opiniones personales de los ideólogos, que consideran como la verdad. El profetismo es el punto de arranque de toda ideología, que se presenta con carismas de salvación frente a la democracia moderna, que consiste, en rigor, en un método permanente para la crítica de los diversos valores culturales que quieren imponerse con validez general, por lo que debería ser la antítesis de toda ideología. La crítica democrática armoniza, sin embargo, todos los valores contrapuestos al obligar a buscar campos de coincidencia. De paso —y en esto es puro liberalismo— facilita el control de las apetencias de dominio de los hombres y propugna un constante equilibrio de fuerzas. Al considerar el interés como la clara conciencia de los fines de la acción individual referida a los fines de los demás, en lugar de soluciones totales tiende a facilitar el compromiso. Esto, para las ideologías, puesto que sus puntos de vista se consideran los racionales, no es posible, pues sería «antinatural». Como, a la vez, los ideólogos tienen el derecho de gobernar, por ser quienes mejor conocen lo racional, la idea de control del Gobierno y de equilibrio de fuerzas en contraste es no sólo innecesaria, sino contraria a la objetividad.

El liberalismo, en su lucha contra el antiguo régimen, había pretendido demostrar que, de hecho, no existe el antagonismo radical de intereses que una opinión muy difundida suponía entre las diferentes personas, grupos y estratos de una sociedad basada en la propiedad de los medios de producción, siempre que en tal antagonismo pudieran participar todos. O sea que esto no es algo antinatural, salvo como consecuencia del control del Poder político por una clase o un grupo que puede imponer su sistema de valores. En el orden económico, en el que primero se planteó la discusión, la verdad es que cualquier incremento del capital total repercute absolutamente en la renta de los capitalistas y de los terratenientes, y en la de los trabajadores, absoluta y relativamente, por lo que los conflictos de intereses entre clases sólo pueden ocurrir en la medida en que las restricciones a la libre disposición de la propiedad de los medios de producción son impuestas por la política intervencionista del Gobierno o por la interferencia de otras fuerzas sociales con poder de coerción. Los medios de producción sometidos al juego de los intereses son asequibles a todos, y de la competencia por dominarlos resulta un aumento de los mismos medios de producción. De ahí la conexión entre el llamado sistema «capitalista» —que se constituye como tal en lucha contra el mercantilismo y las regimentaciones del antiguo régimen— y el liberalismo democrático.

Lo que éste se proponía era crear en el campo político las condiciones adecuadas para la segura y libre discusión de los intereses individuales entre los propios interesados, y mediante el Derecho, asegurar el cumplimiento de los resultados. En el orden económico, donde era más urgente establecer las condiciones para el acceso de todos a la propiedad independiente, se apoyaba en la convicción a favor del individualismo, desarrollada desde A. Smith, que Knight resume así: «Una organización de la sociedad libremente competitiva tiende a situar todos los recursos productivos en una posición en el sistema productivo, en la que puede hacer la mayor adición posible al dividendo social total medido en términos de precios, y tiende a recompensar a todos los participantes en la producción dándoles el incremento en el dividendo social que su cooperación hace posible.» Tal opinión es totalmente correcta mientras se mantiene en el campo económico, que es el de los intereses en sentido estricto, pero «no es una declaración de un ideal social correcto, el presupuesto para una utopía» (7), como trató de hacer en un sentido la burguesía, modelando el contenido de los intereses políticos exclusivamente según sus intereses económicos, lo que le servía, además, de pretexto para encubrir su control de todos los intereses frente a los de las demás clases. El fracaso del liberalismo hay que atribuirlo a esta pretensión de hacer equivalentes absolutamente los intereses económicos y los intereses políticos, cuando, verdaderamente, en el campo político no son sólo aquéllos los que concurren. En rigor, los intereses económicos sólo le corresponden a éste negativamente, en cuanto que la misión del Gobierno es evitar que se interrumpa el libre juego. En lo político son aún más importantes las pasiones de los individuos, sus creencias y sus deseos, sus opiniones y sus pensamientos. Con gran perspicacia, Alexis de Tocqueville temía que el espíritu del interés económico se introdujera en la política como una aspiración a que se resolvieran todos los anhelos materiales de los individuos, lo cual no sólo debilita las pasiones, los caracteres, al convertirlo todo en cálculo de alternativas, sino que encubre aquéllas bajo una aparente objetividad. Un cierto espíritu de *bien-être*, que es el interés material como único móvil de la acción, inherente a las sociedades democráticas, era el peligro que él veía más cerca, pues con el pretexto de satisfacer ese deseo de bienestar y generalizarlo materialmente pueden establecer tiranías mucho más peligrosas, porque son deseadas a cambio de la seguridad, que elimina el riesgo y la incertidumbre propias de la acción humana personal. Se trata de un estrecho utilitarismo, que difunde un sentido del deber, basado en ideas relativas al mejoramiento de la Humanidad, excluyendo todo lo demás; sentimiento

(7) *Ethics of Competition and other Essays*, Londres, A. M. Kelly, 1951.

que ha sido ampliamente difundido por los ideólogos, amparados en la aplicación de las conclusiones y de los métodos de la ciencia natural a órdenes tan distintas del científico como el político o el económico.

III

La actitud ideológica frente al liberalismo insiste, en consecuencia, en argumentar contra la forma concreta del liberalismo histórico, especialmente en su aspecto económico. En esta crítica ideológica pueden distinguirse tres aspectos, en los que la actitud de John Stuart Mill fue de la mayor importancia.

En primer lugar, la *crítica religiosa*, que depende en gran medida del mismo condicionamiento histórico del liberalismo, que ha tenido que enfrentarse a los viejos poderes, entre ellos las Iglesias progresivamente feudadas al Estado desde el Renacimiento. Además, el principio liberal, fundamental de la libertad de pensamiento, abrió paso a la crítica racional de la tradición intelectual eclesiástica. La crítica religiosa adquirió por eso un marcado carácter ideológico en cuanto que intentaba defender intereses históricos concretos. Sin embargo, la filosofía social y ética del liberalismo no supone una repudiación de la religión, muy especialmente de los dogmas del judaísmo y el cristianismo, tales como la creencia en Dios, la libertad moral y la responsabilidad, la inmortalidad personal, las mismas Iglesias o la fe. Es cierto que implica una radical reinterpretación de esas doctrinas fundamentales desde un punto de vista secular, pero esto no impide que un gran número de gentes haya podido aceptarlo, manteniendo a la vez sin violencia su compromiso con una u otra de esas dos grandes religiones. Justamente la idea de Dios significa una suerte de *fundamento* para la validez de los valores espirituales, a los que apela con insistencia el liberalismo, como la idea de responsabilidad personal o la libertad de pensamiento. El liberalismo no se opone a la religión, sino a determinados intereses religiosos, que nada tienen que ver con el dogma, aunque pretendan representarlo. Tampoco existe incompatibilidad alguna en el hecho de que el liberalismo sea también una fe en el mundo y en el hombre, ya que éste se apoya en las mismas creencias religiosas, aunque rechaza la idea de utilizarlas para sus fines concretos. El liberalismo como doctrina política no afirma que Dios o la Naturaleza quiera que todos los hombres sean libres, porque desconoce los designios de Dios o de la Naturaleza sobre las cuestiones humanas. Lo que sostiene es que a todos los hombres les interesan las mejores condiciones de vida posibles, y propone una serie de medidas para conseguirlo, dando por supuesto que nadie mejor que cada individuo

para decidir su propia suerte, pues considera que el mayor bien es la libertad, en la cual radica la dignidad del hombre. Pero tampoco sostiene —y por ello el liberalismo sólo puede presentarse como ideología negativa— que el mundo organizado de acuerdo con estos ideales sea el mejor de los mundos posibles, lo cual es una cuestión metafísica, sino que es el más conveniente y el menos malo, ya que por lo menos respeta la libertad (8). El liberalismo ni es una religión, ni pretende sustituir a la religión, como hacen las ideologías, pues no es tampoco una «concepción del mundo», puesto que su punto de partida es la libertad y no ofrece soluciones definitivas. Sin embargo, apareció como una ideología por la resistencia que ofrecieron viejas creencias, con las cuales se justificaba el antiguo régimen, contrario a la igualdad y, en un sentido, a la libertad, y como fenómeno histórico actuó como poderoso disolvente de aquéllas. Mill, que era agnóstico y consideraba la religión cosa del pasado e incompatible con su concepción del liberalismo, se preocupó al final de su vida, de darle consistencia, fundamentándolo en una suerte de religiosidad humanitarista, que encubría su radical naturalismo. Su solución, típicamente intelectualista, era, por lo mismo, ideológica.

En segundo lugar, la *crítica económica*, cuyo origen es también, en buena medida, histórico, debido a las conclusiones lógicas que se derivan de la teoría económica liberal formulada en la primera mitad del siglo XIX para explicar el rápido crecimiento económico. Esto provocó crisis y cambios gigantescos, introduciendo fuerzas dinámicas en la estructura social, la cual dejó de parecer inmovible, lo que explica que la economía política llegase a ser la ciencia social por excelencia, porque explicaba los cambios totales de la sociedad en función de las leyes económicas. Es cierto que los puntos de vista de los economistas clásicos —como en el caso del propio Stuart Mill— parecen, desde otra perspectiva histórica, representar los intereses de las *middle class* —de la *bourgeoisie*—, pero es absurda la idea de vincular la economía como ciencia a los intereses de la clase burguesa, que es justamente la que llevó a cabo la revolución económica y que se nutría de individuos procedentes de todos los estratos sociales. Es significativo que las críticas más importantes contra la economía política —ciencia que es inseparable del liberalismo— se elaboraran en el continente, donde el Derecho administrativo ha tendido siempre a ocupar su lugar.

El ataque ideológico contra los economistas ingleses y sus sucesores no emplea argumentos económicos, sino dogmas de concepciones políticas deter-

(8) Vid. F. H. KNIGHT: *Freedom and Reform*, pág. 396, Nueva York, Harper & Brothers, 1947, y L. VON MISES: *The Free and Prosperous Society*, 22, pág. 83, Princeton, D. van Nostrand Co., 1962.

minadas. La crítica justa de la economía clásica la hicieron, paradójicamente, sus discípulos y continuadores. Jevons y Menger fueron quienes sostuvieron primero el decisivo argumento de que la producción, en la economía libre, depende del consumo, pues sin consumidores, como técnicamente vinieron a plantear el problema los clásicos, la producción no tiene sentido económico. aunque hay que reconocer que si los primeros economistas liberales pensaron así fue porque en una economía relativamente poco desarrollada las necesidades del consumo eran tan superiores a la capacidad productiva que no le prestaron atención. Con ello tiene que ver mucho también el maltusianismo. En tales condiciones la competencia apenas tenía lugar y hubo que esperar a un cierto grado de saturación de los mercados para que se llamase la atención sobre la correlación entre aquélla y el consumo.

Del planteamiento clásico de la producción como centro del proceso económico, Mill dedujo, empero, la doctrina de la distribución. Si lo determinante es aquélla, independientemente de la capacidad de consumo, llegado determinado momento —e Inglaterra alcanzó lo que Rostow llama la etapa de «madurez» económica hacia 1850—, el objeto de la ciencia económica será la forma de distribuir el producto, con lo cual la economía se convierte en la clave de la ciencia política. De ahí arrancan las modernas doctrinas planificadoras y sobre el Estado de bienestar, cuyo ambiente tanto contribuyó a preparar el «filantrópico» Mill, como le llamó Marx, quien partió, precisamente, de los mismos supuestos; pero, más audaz, tuvo en cuenta las conexiones sociológicas de la distribución y rechazó la doctrina maltusiana, «el dogma de los economistas», que tanto preocupó a Mill —quien fue uno de los primeros apóstoles del *birth control*—, y revolvió con sin igual violencia contra los liberales sus propios argumentos. El objetivo de Marx era, en efecto, *die wahre Demokratie*, un régimen auténticamente democrático en que todos participasen por igual, pero si aceptaba los supuestos de los economistas sólo era posible un régimen oligárquico, como implícitamente reconoció el inglés en *Representative Government*, aunque trató de paliarlo mediante un sistema que facilitara una gran movilidad social.

La crítica marxista de la economía parte, sin embargo, de razones no económicas, ya que el mismo Marx no salió del círculo de ideas de los clásicos. A la vez unía un conocimiento profundo de las condiciones francesas (burguesía censitaria) y de las alemanas (Estado administrativo altamente jerarquizado) y su incomprensión de las inglesas, a las que aplicó criterios similares a las continentales. aunque en Inglaterra ya se había iniciado el proceso de democratización que facilitó el triunfo del socialismo no violento de Mill y de sus compañeros utilitarios. Simultáneamente aplicó —como su maestro Hegel— la ciencia económica inglesa a las condiciones francesas y alemanas. La crítica marxista de la economía deja, empero, sin explicar

cómo pueden subsistir formas concretas de libertad si desaparece la libertad económica basada en la propiedad privada de los medios de producción, pues la libertad es, ciertamente, indivisible. La solución de Mill fue, en cambio, típicamente ideológica.

La tercera forma de crítica al liberalismo es la *crítica política*, que se identifica con las tesis del liberalismo social o del socialismo liberal. Sostiene que las libertades del liberalismo político son meramente formales, sin otro valor, por desentenderse de las realidades y no actuar positivamente. Aunque encubre las propuestas de ideales concretos de organización social, sus críticas se dirigen contra la convicción del liberalismo de la armonía final de los intereses y la de que la función del Gobierno es hacer que se respeten las reglas del juego propias de cada orden. El liberalismo social y el socialismo liberal creen que el Estado debe intervenir enérgicamente en todos los procesos sociales, modificándolos según convenga a la utilidad social o del mayor número. Esto se traduce en que el Estado debe actuar en tales procesos como un competidor más, sin tener en cuenta la naturaleza propia del Gobierno. «El mejor Gobierno ---escribía Stuart Mill--- es el que lleva mejor al Progreso, pues si bien el Progreso incluye el Orden, el Orden no incluye el Progreso. El Progreso es un grado mayor, en el que el Orden es uno menor... El Orden debe tener su lugar más adecuado entre las condiciones del Progreso» (9).

Mientras el liberalismo cree que el Poder emerge de la conveniencia de los individuos, que el Gobierno es un instrumento necesario para hacer observar las reglas de conducta social, el liberalismo «social» sostiene, en el fondo, que los individuos desconocen sus propios intereses y que el Poder emerge de la necesidad de ser dirigidos. El liberalismo «individualista» sostiene que el Poder es algo emergente, un artificio, no una *res sustantiva*, ni siquiera en sentido analógico, pues lo único sustantivo es el hombre o los conjuntos humanos de donde el Poder emerge, es decir, de la convivencia manifestada en el diálogo. El Gobierno, más que el Estado, es su forma de expresión, su única realidad. A lo sumo, es el unificador de un conjunto de relaciones, y en este sentido, como lo definió Locke, el Poder político es un derecho de hacer leyes con sanciones capitales, y, consecuentemente, de establecer sanciones para preservar y regular la propiedad y de emplear la fuerza de la comunidad para la aplicación de tales leyes. Y todo esto solamente en razón del bien común (*public good*) (10). En el segundo sentido,

(9) *Representative Gov.*, cap. II, págs. 163-4. Vid., en pág. 159: «En su más estrecha acepción, Orden significa Obediencia...»

(10) *Essays on Civil Government*, Book, II, cap. I, 3, pág. 118, Londres, Everyman, 1943.

como poder sustantivado es el *Mortal God*, en el que consiste «la esencia de la Commonwealth» —aunque Hobbes recalca su cualidad contingente —*Mortal*—, por lo que, más que de una *res sustantiva*, para él se trata de un artefacto necesario —. «Es una Persona de cuyos Actos una gran Multitud, por Convenios (*covenants*) recíprocos, uno con otro, le han hecho todos juntamente el Autor, a fin de que pueda usar la fuerza y los medios de todos ellos como considere eficaz para la Paz y la defensa común» (11). La definición de Hobbes, cuando la acción política del Gobierno se integra con ideales de organización racional de la sociedad, es el punto de partida de la concepción política de los ideólogos que pretenden imponer sus ideas sobre el ajuste social.

IV

Escritores como Humboldt, Ricardo, Tocqueville, Mill, Spencer, dice L. Krieger, escribían según la problemática de su época, en la que el liberalismo se presentaba para limitar el Poder en nombre de la libertad del individuo, mientras que otros como Comte, Mazzini y Marx, al insistir en que «la extensión de la libertad individual como libertad social perfeccionaría simultáneamente la libertad individual, transformándola de una esfera exclusiva en un lazo de cooperación, indudablemente fueron más allá de la conciencia de su época y anticiparon el futuro» (12); afirmación que es discutible, pues, sin duda, fue Tocqueville uno de los que se adelantaron a su tiempo, y el propio Mill, aunque no fue un profeta, debe ser considerado entre quienes hicieron más a favor del socialismo liberal.

Stuart Mill preparó el camino a posteriores ideologías. Picavet le incluye, con razón, en la tercera generación de ideólogos (13). Su formación en la psicología asociacionista, que, por decirlo así, tomó por sociología, le llevó a interpretar los problemas políticos en el sentido de una construcción racional de la sociedad democrática. Su formación agnóstica y las influencias recibidas justificaban su convicción de que «el pensamiento especulativo es uno de los elementos principales del poder social» en la época positiva, en cuya realidad histórica constataba asimismo el hecho de que «la opinión constituye por sí misma una de las más grandes fuerzas activas», hasta el punto de que «una persona con una creencia es un poder social igual al de noventa y nueve, que sólo tienen intereses» (14). Al unir estas considera-

(11) *Leviathan*, parte 2.ª, cap. XIII, pág. 90, Londres, Everyman, 1949.

(12) «Stages on the History of Political Freedom», en *Liberty*, Nomos IV.

(13) *Les idéologues*, Esp. cap. VII, V, págs. 496-7, París, Alcan, 1891.

(14) *Representative Gov.*, cap. I, págs. 155-6.

ciones a los ideales educativos que heredara del siglo XVIII y de su padre, James Mill, y de los pensadores griegos, que tan bien conocía, y a su progresismo, a la vez que defendía la libertad y postulaba un vigoroso individualismo como su más firme garantía, puso la base del liberalismo social, en el que la idea de la libertad se subordina conscientemente a fines concretos de reforma. Mill incitó a sus contemporáneos por este camino, firmemente convencido de que «la generación presente —escribió en 1859 en *On Liberty*— es dueña por igual de la educación», y en consecuencia, «de todas las posibilidades de las generaciones por venir». Sin embargo, participaba de la tradicional desconfianza inglesa frente al Gobierno; consideraba que «el Poder, en sí mismo, es ilegítimo», y no era partidario de un sistema de educación dirigido por aquél —por el temor de que fuese un mero instrumento oligárquico—, pero pensaba que podía influir en el bienestar de la comunidad «como agencia de la educación nacional» y «como conductor de los asuntos colectivos de la comunidad» (15). Sus ideas conducen a la concepción del Gobierno como una *élite*, que «está íntimamente relacionada con lo que podría denominarse intelectualismo» (Friedrich), actitud peculiar de los ideólogos. Mill ya estaba lejos del individualismo de Bentham y del mismo James Mill, quienes, por otra parte, restringían su aplicación a la crítica.

En los *Principios de economía*, como observa Mises, ya está presente el «economismo», y en el *Sistema de lógica*, el cientifismo. Sobre éstos se montarán después los planes de reforma y «reconstrucción» social. Mill era utilitario, y en el utilitarismo las ideas económicas tienden a ocupar el primer lugar, presentadas como argumentación científica —cuantitativa— acerca de cómo debe ser organizada la sociedad. Por otra parte, era muy impresionable, y en él influyeron decisivamente los acontecimientos de 1848. Cuando su esposa, Harriet Taylor, le pidió que en la segunda edición de los *Principios* suprimiera las objeciones al socialismo y al comunismo —entre las cuales aún no se distinguía claramente en aquella época—, no vaciló en hacerlo. «Le pidió un completo cambio en su tratado de economía en las cuestiones más esenciales», comenta Packe, y en la tercera edición lo consiguió por completo (16).

Durante mucho tiempo procuró por todos los medios evitar la acusación de ser exclusivista o fanático, lo que le ganó mucho crédito, pero la consecuencia fue que, simultáneamente, expuso las objeciones del liberalismo contra la democracia autoritaria, y las del socialismo, contra el *laissez-faire*,

(15) Vid. *On Liberty*, cap. IV, pág. 101, Londres, Oxford U. P., 1933, y *Representative Gov.*, cap. II, pág. 171.

(16) *The Life of John Stuart Mill*, B. 5, VIII, pág. 313, Londres, Lecker & Warburg, 1954.

con lo que no quedó duda, ciertamente, de la contradicción interna del utilitarismo en que se basan esas objeciones. El utilitarismo es una moral que, como criterio de aplicación general, exhibe el de la utilidad, ordenada a la felicidad del mayor número. Al concretar tal utilidad social tiende a dejarse impresionar por los argumentos humanitaristas de tipo sentimental, así como por las propuestas a favor de la organización social altamente tecnificada. Los benthamitas querían encontrar «una ciencia social sobre el modelo de las ciencias exactas, las ciencias de la medición, geometría y mecánica...» (17), y fue John Stuart Mill, el sucesor en la jefatura de la escuela —de Bentham y de James Mill—, quien en la «etología» sentó las premisas de aquélla. A la vez, su carácter, ciertamente más sentimental que el de aquellos dos hombres, estaba más abierto a las objeciones —en conjunto nada científicas— de los reformadores, especialmente los de orientación socialista, y les concedió un lugar preferente en su sistema de ideas. Así, en la *Lógica*, está presentada a la vez la justificación del cientifismo posterior de la llamada «tecnocracia» y del respeto de las masas por el gobierno de los «expertos». Este es uno de los puntos en que se separa de Marx —aunque su proceso intelectual es, en conjunto, tan semejante—, por lo menos en cuanto a los métodos de gobierno. «La respuesta de Mill es el reverso de la de Marx», escribe B. Willey, preguntándose si lo habría leído alguna vez. «Las opiniones, creencias y conocimientos son las causas determinantes del cambio social. Todos los cambios han sido precedidos por un cambio en el conocer o en el creer...» (18), y, según la peculiar óptica del pensador inglés, no se trata de un cambio de mentalidad en el sentido de un Tocqueville —quien, por otra parte, confirmó, hasta cierto punto, sus ideas sobre la naturaleza humana—, sino un cambio adquirido por reflexión y casi por necesidad. En *Representative Government* afirmó su convicción de que «lo que piensan los hombres determina como actúan», lo cual es, ciertamente, el «reverso» del marxismo; pero conduce, aunque por otro camino, a un sistema de gobierno no tan diferente, a la larga, como el que éste implica. La diferencia está en que era partidario de una evolución gradual, de un proceso educativo hacia la verdadera democracia, mientras que Marx se inclinaba por la subversión brusca de las estructuras que determinan los modos de pensar.

Mill era decididamente platónico en esta cuestión; proponía la educación y el conocimiento como métodos políticos y pensaba que su propia misión debía ser la de contribuir a divulgar los conocimientos alcanzados.

(17) E. HALÉVY: *The Growth of Philosophical Radicalism*, parte III, cap. III, 2. Página 467, y parte I, cap. I, pág. 15, Nueva York, Kelly & Millman, 1928.

(18) *Nineteenth-Century Studies*, cap. VI, 2, pág. 166, Londres, Pelican, 1949.

Precisamente, como comenta Popper, uno de los mayores méritos de Marx como sociólogo fue el de haber puesto en tela de juicio el psicologismo en que tales ideas se basaban.

V

Una de las preocupaciones de Mill —en esto Tocqueville le dio la razón— era el desinterés popular por las cuestiones políticas. Como Marx, daba por supuesto que la democracia era inevitable, cuestión de tiempo, y no compartía el temor del francés de que pudieran existir otras alternativas. Mas los hechos le hicieron recordar las advertencias de éste, y si bien no las aceptó enteramente, las tuvo muy en cuenta, y fue por lo que se impuso la tarea de poner al alcance del hombre medio los que él consideraba conocimientos indispensables para la formación de la conciencia democrática.

En un artículo en el *Examiner*, en 1832, el año del *Reform Act*, aun expresando su convicción de que la gente progresaba en el estudio del arte del gobierno, a la vista de los resultados de la Revolución de julio (1830), manifestó su escepticismo sobre su real interés por esa materia, lo que justifica la preocupación fundamental de su vida de hacer llegar a las masas los conocimientos e ideas que creía imprescindibles para la realización de la democracia. «La *Lógica* (1843), los *Principios de economía* (1848), el ensayo sobre el *Utilitarismo* (1861), la filosofía política (*Consideration on representative Government*, 1868); por último, los célebres ensayos *Sobre la libertad* (1859) y *La esclavitud de la mujer* (1861), no exponían un sistema en el sentido usual de la palabra, pero satisfacían la necesidad *práctica* de una concepción del universo, adecuada para la vida, que sentían sus compatriotas cultos» (19).

En el prólogo a la primera edición de la *Lógica* comienza por justificarse de la siguiente manera: «Esta obra no tiene por objeto dar al mundo una

(19) *Stuart Mill*, cap. II, 6, pág. 103, Madrid, Rev. Occidente, 1930. No cabe duda de que el *Sistema de lógica* está escrito bajo la influencia de COMTE quien también partía de supuestos liberales. Tampoco es dudoso, como piensa PACKER, que MILL consideraba la *Political Economy* como una continuación de aquél. Sin embargo las ideas lógicas de COMTE en su tendencia fundamental se mantienen más cerca del espíritu de la lógica hegeliana que de la lógica inductiva de ST. MILL, teniendo de común únicamente su actitud negativa respecto a todo pensamiento «teleológico» y metafísico; pero marchan por caminos propios y distintos en lo que es positivo. Vid. E. CASSIRER: *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna*, Introducción, página 18, Méjico, F. C. E., 1948. COMTE dependía casi exclusivamente del racionalismo francés, mientras que MILL también depende, en gran medida, del empirismo inglés.

nueva teoría de las operaciones intelectuales. Su único título a la atención del público, si acaso tiene alguno, es que constituye una tentativa no para reemplazar, sino para sistematizar y reunir en un cuerpo las mejores ideas emitidas sobre este asunto por los escritores especulativos o seguidas por los pensadores exactos en sus investigaciones.» En la *Autobiografía* aclaró que, además, «el *Sistema de lógica* proporcionaba algo que era muy necesario: un libro de texto de la doctrina opuesta (a la del apriorismo alemán), de aquella que deriva todo conocimiento de la experiencia y toda cualidad moral e intelectual, principalmente de la dirección dada a las asociaciones».

Respecto a los futuros *Principles*, confió en 1844 a H. S. Chapman que estaba pensando en exponer sus ideas en un tratado de economía política «no en la forma abstracta de Ricardo y mi padre, sino en la forma práctica y popular de Adam Smith» (20).

Su intención fue poner al servicio del *average man* los avances intelectuales de su época; eso era lo que significaba para él la filosofía positiva que aprendió de Comte, y que, para Mill, culminaba un largo proceso. «La filosofía llamada positiva no es una reciente invención de M. Comte —escribió—, sino una simple adhesión a las tradiciones de todas las grandes mentes científicas, cuyos descubrimientos han hecho de la raza humana lo que es» (21). Su personal interés por el método científico estaba en función de su posible aplicación a la ciencia positiva de la moral y la política. Se dio perfecta cuenta de que necesitaba una antropología o etología, como prefirió denominarla, pero se consideró incompetente para elaborarla en forma definitiva, y le dijo francamente a Tocqueville que «no se encontraba con fuerza para tratar científicamente una ciencia tan difícil y tan poco elaborada como la política», aunque esperaba que podría contribuir en algún sentido sus trabajos parciales (22). Tal es el *leit motiv* de sus escritos políticos. Su interés por la política era el de un doctrinario más que el de un teórico. Su finalidad era educar a las mayorías en las ideas que él creía verdaderas y de acuerdo con los tiempos. Su actitud es similar a la de los *idéologues*, y, como Saint-Simon y Comte, pensaba que en el estadio positivo el conocimiento, generalizado, convertiría la política en una ciencia razonable sobre la conveniencia social. La tecnocracia ha tenido así en Mill uno de sus mejores expositores, tal vez porque el filósofo inglés no penetró en la verdadera naturaleza de la técnica ni de la ciencia (23).

(20) *The Earlier Letters of John Stuart Mill*, tomo XIII, Let. 442, pág. 642, Ed. Minkeska, University of Toronto Press, 1963.

(21) *August Comte and positivism*, parte 1.^a, 1.^o, 1, pág. 9, The University Michigan Press, 1961.

(22) *The Earlier...*, Let. 412, pág. 613.

(23) La técnica es un orden autónomo, distinto de la economía y de la ciencia. Hay

Los antecedentes de los benthamitas en materia política eran poco explícitos. Bentham llegó incluso a ocupar un escaño en el Parlamento, bajo el patrocinio de lord Lansdowne; pero, en realidad, sólo fue *man of projects*, y sus intereses intelectuales le limitaron a la filosofía jurídica, siendo su apoliticismo la razón de su hostilidad a las ideas de la Revolución francesa. John Mill tuvo que discurrir, en política, por su cuenta, ya que su padre, preocupado con la economía y la lógica, tampoco se había interesado en tales materias. Eso explica el tono variado de sus escritos políticos, donde recurre indistintamente a autoritarios, conservadores, liberales y socialistas, aunque, probablemente tiene razón L. Stephen cuando piensa que el propósito de Mill era suavizar y cualificar las enseñanzas de sus predecesores, adhiriéndose, aún más estrictamente que lo que conscientemente se adhería, a su dogmas fundamentales.

Otro de sus fines fue también oponerse al oportunismo político de la misma forma en que se oponía al empirismo vulgar, y por todo esto trató de introducir un mínimo de claridad en cuestiones que debían estar al alcance del hombre medio. Su finalidad fue pedagógica, y en este sentido puede resumirse su propósito al escribir el ensayo sobre *El utilitarismo*. En él se propuso aclarar si los principios fundamentales son capaces de la misma clase de prueba que los científicos y cuál es el método de conocimiento más exhaustivo y si es reductible la disparidad entre el progreso en la moral y en la ciencia. En *On Liberty* y en la *Lógica* intentó reducir la diferencia mostrando la relación entre la ciencia y la conducta humana, la etología y la sociología y los principios prácticos racionales propios de la ética y la política. Pero, pese a sus esfuerzos, Mill no consiguió salvar la cesura entre el ser y el deber ser.

En resumen, su intención ideológica de servir a la sociedad de masas útiles instrumentos de conocimiento le llevó a intentar primero construir una especie de maquinaria lógica, que después corroboró en sus ulteriores obras acerca de temas más específicos. Creía sinceramente que el peligro de que pudiera llegarse a una tiranía de la opinión — sobre el cual le previno Toc-

campos de la técnica que apenas tienen que ver con uno u otro de estos órdenes. La técnica supone la actualización de determinadas *posibilidades* mediante la invención, por lo que es la imaginación la facultad que predomina en el campo de la técnica. Es, por eso, impropio, denominar tecnocrático al sistema de gobierno que se basa en la confianza otorgada a individuos a quienes se reconocen determinados saberes, pues tal gobierno es precisamente lo más opuesto a la esencia de la técnica, ya que su misma lógica le lleva a desarrollarse de manera que paraliza las cualidades creadoras que aquélla implica. MILL es responsable de haber identificado ciencia, técnica y economía. Sobre la esencia de la técnica y su diferenciación de otros órdenes, vid. F. DESSAUER: *Discusión sobre la técnica*, Madrid, Rialp, 1964.

queville— radicaba en el bajo nivel de instrucción. En 1844 le escribió a Comte en relación con los futuros *Principios*, que si este tratado pudiera ser adecuadamente redactado «tendría la ventaja de preparar la educación positiva de muchos espíritus que se ocupan más o menos seriamente de cuestiones sociales». Por eso, relativamente como Aristóteles, elaboró un método coincidente con el sentido común, adecuado al hombre medio de la opinión pública.

VI

Jouvenel ha observado que «el sufragio universal ha sido instaurado en casi toda Europa contra una izquierda liberal utilitaria», que prefería la educación (24). En el caso de Mill esto es la pura verdad. En el *Gobierno representativo* llegó a pedir la abolición del secreto del voto, que es requisito esencial para que la institución conserve todo su valor, y propuso un sistema de sufragio cualificado. Es cierto que lo hacía para preservar a las minorías de la absorción por la mayoría, pero a la vez respondía a sus ideas utilitarias, favorables al gobierno de los expertos, idea que excluye la del sufragio universal ya que su lógica conduce a la conclusión de que difícilmente el elector será capaz de valorar los méritos del gobernante al convertirse el arte del gobierno en una ciencia esotérica. No obstante hay que decir, a su favor, que la insistencia en el factor educativo y en las limitaciones del sufragio se debía también, aunque no principalmente, en su caso, al hecho comprobado de que los ignorantes, en una época de transición, excesivamente ligados a las ideas autoritarias acerca del gobierno, serían más favorables al absolutismo.

Se ajusta bastante a la verdad la opinión de que, al final de su vida, dejó de mirar a la democracia como algo más que uno de los medios de asegurar el bien social y se fue inclinando a la solución, importada por Austin de Alemania, según la cual dado el estado general de la opinión era infinitamente mejor la educación y el progreso mental de todas las clases populares bajo la Monarquía prusiana que bajo el gobierno representativo inglés y que, la garantía verdadera de un buen gobierno es *un peuple éclairé*, que no es siempre consecuencia de las instituciones populares. Neff atribuye su cambio de punto de vista a favor del gobierno de una aristocrática minoría a la influencia de Wordsworth, pero, de hecho, en Mill se produjo una confusión entre el aristocratismo liberal de un Tocqueville y el aristocratismo intelectual de la tradición ilustrada. Simplemente corroboró los puntos de vista de Bentham y sus amigos quienes habían empezado a interesarse por esta cuestión cuando reprocharon a la burguesía su sistema de educación, tan poco

(24) *De la soberanía*, parte 4.^a, IV, pág. 513, Madrid, Rialp, 1957.

adecuado a las necesidades de un siglo positivo. La inteligencia, como poder, es la esencia de toda la tradición utilitaria. Desconfía del valor de las instituciones y de los hábiles y lleva a sus partidarios a insistir en la importancia de la argumentación racional, por lo cual el gobierno de los expertos está presupuesto en ella. La dificultad del utilitarismo es que siendo una doctrina eficaz para la crítica de las instituciones inadecuadas, cuando pretende convertirse en una doctrina positiva, constructiva, su eficacia depende del crédito que se conceda a la idea del gobierno de una minoría.

Es notable hasta qué grado se apartó Marx de los utilitarios en esta cuestión, a pesar de su punto de vista que era, o quería serlo, rigurosamente científico. El alemán creía en la pedagogía de las instituciones, aunque desconfiaba de ellas. Uno de los dogmas del siglo XVIII y de los ideólogos que no aceptó fue el valor que atribuían a la educación racional y dedicó su atención al examen de las condiciones reales de las cuales dependían las ideas. Por eso, comparado con Mill, no sería exagerado decir que éste era más radical en el fondo. Como Helvetius, cuya doctrina discute en un ensayo sobre la educación, veía en la educación racional la salvación del utilitarismo hasta el punto de que, como aquél, pensó que las diferencias de clase se debían a los sistemas educativos.

Los utilitarios querían construir una ciencia exacta, es decir, mensurable, pues el principio de la utilidad podía ser adecuado socialmente a condición de poder determinarse. Esto contribuyó a su alianza con los economistas y el resultado fue que los utilitarios llegaron a hablar de los deseos humanos como si fueran cosas definidas, medibles. Mill había aprendido, además, de Comte, que «el problema general de la educación intelectual consiste en hacer que llegue, en pocos años, un sólo entendimiento, por lo general mediano, al mismo punto de desarrollo alcanzado en una larga serie de siglos por un gran número de genios superiores que aplicarán sucesivamente durante su vida entera sus fuerzas al estudio de un mismo asunto» (25), y por eso, en los *Principios de economía*, incluyó el problema educativo como un problema de distribución. Mill y los utilitarios, deslumbrados por la ciencia natural, pensaron que el progreso dependía del género de conocimiento acumulativo que hace progresar a la ciencia misma y descuidaron o despreciaron el tipo de conocimiento individual no acumulativo propio de la cultura humanística. La ciencia natural, efectivamente, tiene en cuenta todas las experiencias y conocimientos del pasado, mientras que los temas y los problemas puramente humanos no basta con conocerlos pues no son irreproducibles e irrepetibles. Al tratar un tema literario no es lo mismo saber cómo fuera interpretado an-

(25) *Principios de filosofía positiva*, parte 2.^a, pág. 115, Madrid, La España Moderna, s. a.

teriormente que la forma en que ese tema se presenta a cada individuo. En otros términos, los utilitarios, llevados por su misma lógica eliminan lo cualitativo y sólo se interesan por lo cuantificable. Mill, como ideólogo utilitario, insistió en la necesidad de la educación general obligatoria —aunque con cierta inconsecuencia oponiéndose a que la controlase el Estado — pero su idea era más la de proporcionar conocimientos útiles favorables al progreso social que la de formar al individuo en el sentido de crear las condiciones para el perfeccionamiento individual. En él se encuentran los argumentos tendentes a la deshumanización de la enseñanza y a su conversión en profesionalismo. Cierto que, para el inglés, el utilitarismo era una moral y por eso podía criticar a Fourier porque prescindía de la necesidad de inculcar el deber y la educación moral sin las cuales considera irrealizables sus proyectos, pero también es verdad que en esto tenía seguramente muy presentes las ideas de Malthus. En Mill, la verdad científica, considerada como útil socialmente, se convierte en un criterio moral.

El punto débil de la argumentación, como ha resaltado K. Britton, radica en la idea de que, en gran medida, los hombres y las mujeres comunes son incapaces de elevar su mentalidad sin la ayuda de la autoridad. El equívoco existió, además, porque Mill no definió cuál sería esa autoridad, a pesar de que casi todas sus ideas exigen una formulación explícita. No sospechó jamás que las instituciones de la libertad son adaptaciones al hecho fundamental de la ignorancia, son medios para enfrentarse con posibilidades y probabilidades, no con certezas. Era un racionalista y pensaba que la democracia radicaba en el conocimiento de éstas por todos. Mas una educación en certezas tiene que ser dogmática, lo cual es contrario a los fines de la educación auténtica que tiende a suscitar el interés por las cuestiones más que a darlas resueltas. El objetivo de Mill supone una educación de este tipo, una revelación o demostración de certezas porque si no, ¿cuál sería su utilidad social? En la realidad práctica las ideas del pensador inglés, a pesar de sus personales sentimientos, llevan a la concepción que se esconde tanto en el Estado totalitario como en el autoritario de que «tal vez la mayor parte de los hombres sea imperfecta, pero existen unos pocos individuos que han superado esa perfección» (Dahrendorf).

Las ideas de Mill nunca estuvieron muy acordes con la consideración de sus consecuencias, peculiar del liberalismo, tal vez por su escaso sentido del Derecho. El utilitarismo que radicalizó tenía que estar más acorde con la idea antijurídica y platónica de que «el único medio que existe de establecer el régimen industrial consiste en reorganizar el sistema de las ciencias, de la educación pública, de la teología, de las leyes, de las finanzas, en interés de la producción, y por ello son precisos sabios, teólogos, artistas, legistas y finan-

cieros», como lo expresó modernamente Saint-Simon (26). El libro sobre la distribución de los *Principios de economía* se inspiró, seguramente, en éste, siendo, sin duda, sus únicas reservas ante el socialismo las que le indicó Tocqueville, y aun éstas, hasta cierto límite.

Durante toda la vida se mantuvo fiel a sus principios benthamitas y, aunque el descubrimiento de Wordsworth en 1828, y de otros, influyeron en su sensibilidad, un tanto enfermiza, es indudable que, de todas las influencias fue la del autor de *La democracia en Norteamérica*, la de mayores consecuencias, en el sentido de que le puso ante la vida hechos frente a los cuales tenía que cuestionarse necesariamente la validez de sus convicciones fundamentales. Pero es muy dudoso que hubiese cambio radical en su pensamiento. Lo que ocurrió fue que, para ser utilitario honradamente, tenía que reconstruir sus premisas y por eso su tarea fue la de rehacer el utilitarismo con admirable habilidad, llevando incluso a puntos en que sus antecesores ni habrían soñado. En la misma poesía —que descubrió ya tarde— como en la idea de la variedad de situaciones, no vio, dice L. Trilling, «una ventaja emocional e individual. Por el contrario, en ello veía una necesidad intelectual y política» (27). Por eso tampoco es exacto que su evolución intelectual dependa de sus crisis sentimentales. Estas pudieron abrirle nuevas perspectivas o enfrentarle con nuevos problemas pero sin modificar el hecho de que, a pesar de su apertura intelectual, sus presupuestos más profundos estaban enraizados en el subsuelo del siglo XVIII. Frente a Comte, precisamente, es típico de su afinidad con esta época que, para él, el punto de partida y el final sea siempre el individuo, mientras que, en el caso del francés, lo social precede ya francamente a lo individual. Mill estuvo siempre penetrado por sus convicciones juveniles pero su utilitarismo, de acuerdo con las circunstancias, es de transición, pues empieza a ser menos individualista y más social.

El hombre del siglo XIX, como ha dicho Ortega, fue preparado en el siglo XVIII del mismo modo que el que hoy domina lo fue en el XIX. Stuart Mill forjó y templó sus armas intelectuales en el siglo XVIII, pero no se conformó con ello y se metió de lleno en la problemática del XIX. Eso explica su supuesto evolucionismo intelectual que no fue más que la consecuencia de su disposición para la caza de cuantas nuevas ideas y hechos pudieran con-

(26) *Catecismo de los industriales*, pág. 172, Madrid, Aguilar, 1950. En *Representative Gov.*, reconocía MILL que «un Gobierno debe ser juzgado por su acción sobre los hombres y sobre las cosas; el Gobierno es a la vez una gran influencia actuando sobre la mente humana y una serie de arreglos convencionales en orden a los asuntos públicos...», cap. II, pág. 170. Si bien en forma generalmente atenuada el filósofo inglés no dudó en reconocer una función positiva al Gobierno, aunque en un sentido favorable a la democracia tal como él pensaba que debería ser.

(27) *La imaginación liberal*, Prólogo, págs. 12-3, Buenos Aires, Suramericana, 1956.

tribuir a iluminar su personal perspectiva, y su vigor y su honradez fueron decisivas para la divulgación de ideales que se ampararon en su autoridad. El siglo XVIII, y después el siglo XIX, tenían propensión a identificar el bien con el conocimiento intelectual aunque «los mejores, en el sentido de la nobleza del ser humano no son los *bien dotados* que podrían seleccionarse, ni *tipos raciales* que pudieran fijarse antropológicamente, ni siquiera *hombres geniales* capaces de crear obras extraordinarias, sino, entre todos, *aquellos que son ellos mismos*, comparados con los que sólo un vacío sienten, no reconocen como propia cosa alguna y de sí mismos huyen» (28). Esto lo comprendió Mill pero, desde sus perspectivas utilitarias y fiel a ellas, sobrealzó lo social, las virtudes públicas, con detrimento de las privadas, y se inclinó a soluciones ideológicas preparando su terreno. Sus ideas no fueron audaces porque eran la consecuencia de profundas y solitarias meditaciones en las que tenía en cuenta todos los puntos de vista posibles y todas las objeciones. Pero cuando se divulgaron suficientemente —y tanto en la *Lógica* como en los *Principios* se educaron varias generaciones, sin contar la popularidad de sus otros escritos — contribuyeron como pocas al triunfo de los ideales del gobierno de minorías cualificadas por su saber, aisladas en su labor de la masa de los gobernados, a quienes es inasequible la complicada maquinaria administrativa. El Estado que «marcha por sí sólo» pretendidamente desideologizado, despolitizado, ha sido, a la larga, la consecuencia de las convicciones de Mill a favor del economismo y del cientifismo y de un cierto hedonismo resignado.

DALMACIO NEGRO PAVÓN

R É S U M É

Pendant la première moitié du XIX^{ème} siècle, on croyait à un tel point que la liberté était à la base même de l'action politique, que, hormis quelques groupes réduits de partisans de l'ancien régime, tous les partis, toutes les factions, tous les groupes, tous les individus pensaient que lutter pour le libéralisme équivalait à lutter pour la liberté. Cependant, à cet idéal politique du libéralisme on va bientôt mêler quelques idées concrètes sur l'organisation de la société et l'on verra comment le libéralisme qui n'avait aucun caractère idéologique puisqu'il voulait la liberté pour tous, va devenir aussi une idéologie.

Le cas de Stuart Mill, l'un des libéraux les plus connus est hautement

(28) K. JASPERS: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, parte V, 2, pág. 189. Madrid, Labor, 1955.

significatif. Ce penseur anglais, dont l'intérêt pour la liberté ne fait aucun doute, mû par de différentes influences, par son prestige et ses indiscutables qualités intellectuelles, contribua comme aucun autre, à ce que le libéralisme soit devenu idéologique du fait qu'il considérait la liberté en fonction de la démocratie comme le but par excellence de l'évolution de l'humanité. En ce faisant il se réclamait des idéologues pour qui l'idéologie est une science positive qui traite de la nature humaine et de la forme, qu'il faudrait donner à l'organisation sociale. L'idéologie jetait les bases d'une doctrine politique scientifiquement mise au point et qui, puisqu'elle prétendait être en possession de vérités absolues, allait se transformer dans la pratique en pédagogie. Tout le long de sa vie, Stuart Mill s'efforça de mettre à la portée de l'homme moyen les résultats des sciences sociales que, dans nombre de cas, il tenait pour définitives, afin qu'il Doit en mesure de collaborer à cette construction scientifique d'un ordre social démocratique. On est fondé à dire qu'il était libéral parce qu'il était démocrate et qu'il croyait à l'utilité de la liberté pour la démocratie. Mais du même coup la liberté ne sera plus un but en soi.

Les doctrines du libéralisme social, évolutif et conservateur qui ne se différencient du socialisme libéral que généalogiquement, sont contenues et plus ou moins développées dans les ouvrages de Mill. Bien que le gouvernement des experts, n'ait pas été l'un de ses idéaux, sans doute, ses prémisses ne l'imposent pas moins. Du fait, il se disait éducateur de l'opinion.

S U M M A R Y

The belief in the value of freedom as the foundation of political action was so widespread during the first half of the XIXth Century, that, except for small groups of supporters of the old regime, all parties, factious groups, groups and even individual people thought that to fight for Liberalism was to fight for freedom. However, this political ideal of Liberalism soon became mixed with definite ideas for organizing society, and Liberalism which never was in fact of an ideological nature because it wanted freedom for all, became and ideology.

The case of Stuart Mill, one of the most outstanding Liberal men, is significant. This Liberal, whose interest in favour of freedom was undeniable, contributed due to different influences with his prestige and intellectual talents more than anyone to giving Liberalism an ideological character by considering freedom to come from democracy and to be the inexorable goal of humanity's evolution. He thus continued the tradition of the idéologues for whom ideology was a positive science regarding human nature and re-

garding the form in which, as a consequence, society should in fact be organized. Ideology marked the rhythm of a scientifically processed political doctrine and therefore absolute pretensions of truth, turning, in practice into a pedagogy. Stuart Mill dedicated his whole life to letting man know the results of social sciences which, in many cases, he considered to be definitive so that everyone might collaborate in the scientific construction of a social democratic organization. He can be called a Liberal because he was a democrat and believed in the usefulness of freedom for democracy. But then freedom stops being an end into itself.

The doctrines of social, evolutive and conservative Liberalism, which only really differ geneologically from Liberal Socialism, are contained and more or less developed in Mill's works. He considered himself to be an educator of opinion.

